

Canciones para el camino

Poesía escogida 1974-2019

Hernán Urbina Jairo

Canciones para el camino

Poesía escogida 1974-2019

Primera edición: 2020

ISBN: 9788418073199

ISBN eBook: 9788418073601

© del texto:

Hernán Urbina Joiro

© del diseño de esta edición:

Penguin Random House Grupo Editorial

(Caligrama, 2020

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com)

© de la imagen de cubierta:

Jairo Alba

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Raisa Urbina

Ese mundo que canta (La poesía de Hernán Urbina Joiro) por William Ospina

Que Hernán Urbina Joiro es un poeta, es algo que saben hace mucho tiempo su tierra y su gente, ese mundo vallenato, a la sombra de la Sierra Nevada de Santa Marta, del Cesar a La Guajira, desde Valledupar hasta El Molino y San Juan del Cesar, desde el valle hasta el desierto, y desde la sierra samaria hasta la Serranía del Perijá, detrás de la cual también canta y llora Venezuela. Ese mundo que no puede vivir sin canciones, la región más unida que conozco por un sentir común y por una música. Ahora Hernán ha decidido mostrar de sus obras, de su experiencia y de su sentir, más de lo que nos han cantado Rafael Orozco o Diomedes Díaz, o tantos otros juglares que todos conocemos.

Todas las palabras de este libro andan buscando la poesía. Y yo la siento a menudo en versos sorprendidos:

*Como un insecto luminoso atrapado por otra
luz más fuerte.*

Así describe al rayo:

*Se fue en un destello,
en su luz,
en su estruendo.*

Y estos son versos de sus primeros tiempos, cuando miraba el mundo y descubría ya en imágenes nítidas las paradojas de nuestra modernidad deformada:

*Carros último modelo
se pudren frente a las chozas*

o cuando saludaba así, con nostalgia y no con alegría, la llegada del pavimento:

Adiós a las arenas de mi calle

y percibía en las obras materiales los rumbos perturbadores del tiempo, porque ya esa calle

Será ruta del ruido, de los tiempos veloces.

Hernán es vallenato, eso significa que aunque es un gran lector, es sobre todo heredero directo de

una tradición profundamente arraigada en el habla popular, en las costumbres y las imágenes de su provincia querida, en sus travesuras y sus ironías. Es eso lo que le permite muy temprano nombrar así el amor, repitiendo a su abuelo Rafael, también poeta:

*Miren lo que me encontré.
Una guayaba madura
picada de un guazalé.*

Hay poemas cuya estructura musical puede imponerse en silencio a la mente, hay otros que sólo alcanzan su plenitud de sentido y de emoción con el canto, porque definitivamente «son para oírse».

Es una tradición de frases poderosas y sentidos profundos captados al vuelo lo que le permite decir tanto con pocas palabras:

No fui nieto, fui un amigo

y en un solo golpe de voz aliar reinos que parecían ajenos:

Una oración, un dejo de guitarra.

Estoy pensando en ese bello poema *Una oración*, escrito en 1979 en El Molino, donde todavía vive hoy su familia; ese poema en el que la música fluye y florece:

*Virgen del Rosario
un verso
te aclama
que no es de acallarlo
porque quema lento
porque adentro es llama*

y que termina diciendo

*Yo me pongo triste al saber
que te brinda
su llanto sonoro
la campana antigua.*

El que avanza por este libro no solo va encontrando un ser humano curioso, observador, compasivo, que no esquiva ninguna experiencia, que de todo quiere dejar testimonio, que mira, toca, siente, sueña, y a todo le busca una música (a no ser que la música esté antes, sea la fuerza que lo impulsa, y por eso lo obliga a someter las frases a una tensión, a unos virajes, como de un viento que cambia de rumbo), va encontrando también la región, el país, los acontecimientos de la época, guerras, atentados, accidentes, que dejaban sus titulares en los diarios pero nos iban dejando también sus huellas en el corazón. Y un rastro de dolores antiguos, como en este poema *Penas guaji-*

ras, donde algo se va acumulando hasta romperse en un eco profundo:

*Una lágrima abrasante
devastó las praderas.
El camino cruje
se agrieta
al cruce
al paso sobre el cristal quemado.
Arcabuces
por aquí sonaron
hace tanto,
espantando tribus, aves y piraguas.*

Muy a menudo, como en el poema *Tú y yo*, su virtud está en la sencillez de la emoción, en la limpieza de los sentimientos, en la naturalidad del canto, sin presiones métricas, sin jaula, que consigue transmitir la sensación de una alianza humana que no suprime las diferencias, que no deshace las soledades, y donde el halago no es adulación sino apenas ternura.

En muchos poemas aún en la quietud de la tipografía sentimos la canción, la singular entonación y el acento melódico de Hernán Urbina:

*La angustia transformó mis años. Lo sé.
Hoy soy un dolor que canta. ¿Por qué?
Ella así lo ha decidido.*

*No queda llanto en mis ojos, ya no.
Hoy quererte es un delirio, mejor
Siempre hubiera sido un niño.*

Aquí también, como en alguna página de García Márquez, sentimos la llegada de un muchacho del norte del país a Bogotá, esos contrastes de geografías y de climas que son uno de los misterios de Colombia. La diferencia está en que lo que para García Márquez fue contrariedad y extrañeza, para Urbina es algo más emocionante y más dulce: esos amaneceres fríos, la hierba mullida de los parques, un frío que puede verse y tocarse, la belleza cenicienta del cielo, el amor bajo las cobijas, un sitio donde se puede ser feliz en la nostalgia, y el susurro incesante de la lluvia, el amor de un hombre de los valles del norte por la urbe gris llena de vida, y esos repentinos asombros:

¡Una avenida de palmas! ¡Sin playas!

O la sorpresa de llegar a la ciudad de la Sabana y sentirse en el Londres de Brönte, de Lewis Carroll y de Charles Dickens:

*Filas de casas altas
en ladrillos rojos
que me temo recordar.*

Hay algo poderoso que acecha en estos poemas a veces bajo la apariencia de algo habitual y conocido. El poema sobre el desastre del Challenger, parece meramente descriptivo y enfático pero guarda una meditación poderosa: que a los seres vivos el dolor puede advertirles que algo anda mal, y en cambio a las máquinas no.

Recuerdo que alguna tradición llamaba a la muerte «la igualadora». En el poema *Dos tigres enmudecen*, Urbina aprovecha la casualidad de dos seres tan distintos, muertos casi al mismo tiempo, para contrastar su infancia con su adolescencia, asociando a Johnny Weissmuller con Julio Cortázar. Del grito de la selva al silencio de la prosa, de los músculos del uno a los ojos del otro, de la vigilancia a la contención, de la selva que se vuelve dibujo al dibujo que se vuelve selva. Y unidos por la muerte hace que selvas y cronopios se confundan, gritando juntos.

Hay otro poema, *Campiñas del bien y del mal*, cuya virtud es más bien de tono profético. El poeta se demora en la noticia de que han hallado petróleo en Caño Limón y de que han hallado laboratorios clandestinos en las selvas del Yará, y se detiene un momento a preguntarse, temprano, en 1984, qué sombras se están alzando para todos.

Y se sucede la mirada sobre las tragedias de aquellos años. Del poema sobre el incendio del Palacio de Justicia:

*Las voces se fueron quemando
desde las doce del día*

los versos conmovidos buscan el canto:

*En los baños y escalones
se iban quemando
las voces*

y después del pavor, el clamor:

*Abí están, muchachos, los escombros vacíos,
piedra sobre piedra el palacio removido.
¿Encontrarían lo perdido?
¡Cuánto se perdió en el calcinar!
Por las escaleras
yermas
dicen que hay voces que aún arden
pero no es indescifrable
lo que dicen.
Todos se han ido pero aún no es tarde,
algún día se sabrá lo que piden,
frente al palacio, frente al templo, bajo el
mustio cielo,
donde por un tiempo no se verán luceros
palpitar.*

Y en el poema *Avalancha*, sobre la tragedia de Armero, después de hacernos sentir el torrente inmenso, la destrucción, el nevado que brama, las aguas sobre las aguas, nos dice:

*Las lágrimas,
amigo mío,
son parte del río.*

De su viaje por México, Hernán Urbina nos ha traído uno de sus poemas grandes, *Rimas del Valle del Anáhuac*:

*Una anciana que llaman muerte delató mi
huida
y sus tambores lanzan contra mí serpientes.
Dame una canoa para escapar, hermano de
suerte,
no tengo caballo, aliados, ni armadura,
me acojo a lo que diga Moctezuma,
lloro como Cortés por los amigos que se
pierden.
Ahora me sentaré en esta roca a suspirar esta
amargura.
Créeme. No es posible acusar a esa mujer
el rencor y el amor —que son lo mismo— la
legitiman.
Todos la amamos y después la vendimos.*

*¿Qué otra cosa con ella podía suceder?
Se alían los nuestros contra nosotros en la
ofensiva.*

*¿Cómo no odiarlos?
Y después
¿Cómo no perdonarlos?*

Hay estrofas que pueden acompañarnos siempre:

*Yo llevo adentro estas heridas,
no necesito decir más,
cada quien sabe en esta vida
las cosas que no olvidará.
Yo sé que allá, por tus jardines,
mil cosas mías te han de faltar,
pero si un día te sientes libre,
no tengas miedo de cambiar.*

Y hay poemas, como *La suerte está echada*, que tienen la extraña virtud de que cuando uno los ha oído cantar, ya nunca podrá leerlos sin esa música.

El que recorra este libro querrá recorrer también ese mundo, donde tantos labios cantan juntos una misma canción, el mundo del gran amigo de Hernán Urbina, Rafael Escalona, quien trajo a Edma a su vida; el mundo de Leandro Díaz, de Emiliano Zuleta y de Lorenzo Morales, donde todavía es posible hacer parrandas con Rafa Manjarrez y con Rosendo Romero,

con Beto Murgas, que lo sabe todo de acordeones, y con ese muchacho estremecido que se llama Gustavo Gutiérrez, quien nos ha dado la felicidad de oírle cantar: *Deja, déjame decirte negra, / si ya te alejas, si ya te vas, / quiero, quiero decirte al oído / cuánto en la vida mi dolor será...*

Porque todos ellos son compadres entrañables, y aunque con voces singulares son parte de un coro, de memorias compartidas, de fiestas repetidas, de recodos frecuentados, y de amistades que el tiempo se va llevando pero la música va conservando. Uno de ellos es Hernán Urbina Joiro. Que vive ardientemente cada día, y cuyas miradas y cuyos sentimientos ya vuelan en la voz de todo un pueblo:

*Lo que te aseguro
es que si tú te alejas
ya no habrá más sueños,
y tantas canciones
ya no tendrán versos,
porque solo llevarán
lágrimas mías.*

**I. CANCIONES
TEMPRANAS.
SAN JUAN DEL
CESAR
1974 - 1982**

En el pueblo donde empecé a cantar el día era azul y se desparramaba desde lo alto de la madrugada fría hasta el oscurecer encendido muchas veces sin una sola nube. El cielo azuloso de San Juan del Cesar brotaba temprano en el estribillo metálico del vendedor de carbón, se colaba entre la madera y el hierro de las ventanas, se entrelucía en la multitud de loros

que volaban hasta el gigantesco árbol de mamón detrás de la tapia del fondo de mi casa y en camari-lla hacían cimbrear el macizo de hojas, frutos y aves bajo el inmenso azul. Podría medir mi edad en aquel tiempo por el tamaño de la mesa bajo la enramada de uvas, por su entablado que atravesaba el enorme azul y yo apenas a saltos podía tocar el borde. El día de San Juan del Cesar era azul hasta que aparecían las golondrinas tijeretas en el aire abrasado del atardecer y poco a poco iban coloreándolo todo con su gris para de un momento a otro escapar juntas por convertirse en noche.

En cambio, la noche era blanca, incluso sin Luna, por tantas estrellas, muchísimas pulverizadas para derramar aún más luz sobre San Juan. La noche blanca rebotaba en los objetos de mi casa, en las tapias, se encajonaba en la calle del Cayón resaltando las piedras de la vía de tierra por dónde pasaban los cortejos fúnebres hasta la iglesia de la Plaza Mayor. A veces en la noche blanca me iba a buscar a la Luna en el patio porque casi siempre estaba metida en alguno de los tazones o los tanques de agua y rielaba feliz al tocarla. Si en aquellos días hubo luz eléctrica en el pueblo por algunas horas, no vale la pena recordarlo por la imagen que ahora llega a mi mente con los relatos de mi padre en aquella oscuridad donde no era necesario abrir o cerrar los ojos para ver con detalle las historias que

contaba, que hacían tan contrarias a las palabras *penumbra* y *soledad*. Fue en una de esas noches blancas cuando descubrí por mi papá el temible poder de las palabras. Él había iniciado un relato para mí y mis hermanos, todos subidos en su cama, pero los ladridos que llegaban apurados por la brisa le perturbaban la narración. Entonces recitó:

*Santa Ana parió a María,
Santa Isabel a San Juan,
con estas cuatro palabras
los perros se callarán.*

Y se callaron. Aquel silencio me pareció muchísimo más largo que la copla. Me bajé apresurado de la cama para asomarme y oír por la ventana del cuarto trasero. Cuando escuché de nuevo los ladridos, repetí la misma copla, pero no funcionó. No era posible. No tenía la maestría de mi padre. Era necesario graduarse en el ejercicio de aquel temible poder. En adelante estuve atento a todas sus coplas, a todo aquello que rimara, al efecto que podían tener las palabras recitadas en el entorno, en las personas, hasta que poco a poco logré encerrar en el papel todo aquello que me perturbaba describiéndolo en tercetos, cuartetos, sextetos y décimas. Tres décadas más tarde, el día que se murió agarrado de mi mano, antes de dejarlo depositado para siempre en la bóveda del cementerio, yo

rogaba con esperanza cierta una última palabra poderosa de mi padre, una palabra capaz de quitarnos toda aquella tristeza descomunal.

Al sentarme a poner en orden estos poemas, los versos tempranos regresan con sus viejos temblores intactos. Primero desempolvé las líneas por la masacre del viejo Juan Aurelio y cuatro de sus familiares. Fue el 29 de octubre de 1977, el día que por el pueblo desfilaron cinco ataúdes, el día en que definitivamente terminó mi infancia a los 12 años. Aún con esa antigua opresión, volvió otra más distante, la de la mañana del 7 de noviembre de 1975, a los 10 años. En el campo de fútbol del colegio, al otro extremo de San Juan, retumbó en mis entrañas el estallido de la calle del Carmen donde murió un hombre que pasaba por un taller, a cuyo frente realizaban labores de soldadura a un tanque. Tras ese tremor finalmente me situé en el primer intento que recuerde por calmar la conmoción escribiéndola en el papel, a los 9 años, imitando la voz coplera de mi padre. Fue el 5 de octubre de 1974, cuando ocurrió la matanza de varios campesinos oriundos de las sabanas de Bolívar, asesinados por vengarles a un sanjuanero que habrían matado en el mismo sitio donde 99 años atrás cayó muerto el que fue presidente de los Estados Unidos de Colombia, Joaquín Riascos. A cada uno de estos sobrecogimientos me preguntaba desorientado: ¿Qué hago aquí? ¿Quién soy yo? ¿Por qué estoy exactamente en este

sitio y no en otro? ¿Por qué me siento así? He pasado cerca de medio siglo buscando respuestas a esos interrogantes escribiendo rimas a lo largo del camino.

Siempre inicio con un texto no mayor a 3 ó 4 líneas para alargarlo, tal como mi madre sacaba largas telas de carne a partir de un pequeño cuete de vaca que devanaba dándole vueltas con una cuchilla. Hasta el día de hoy así nace todo lo que escribo. Antes de hacer una columna de prensa o asistir a un panel, todavía organizo las ideas en un pequeño poema y luego escribo la columna o salgo a hablar. Mucha de mi prosa publicada primero superó la prueba de ser mi poesía. En esta recopilación comparto lo que pude rescatar, versos originales, incluso con sus deliciosos solecismos —*trona, soldan*—, versos que a menudo modifiqué a última hora en los estudios de grabación para dejarlos como obras musicales.

Fue suerte haber crecido en un pueblo donde se oía en las calles, en las fiestas o en la radio a Rubén Darío codificado en la lírica de los compositores románticos del Caribe. La música de esas palabras fueron mi puente al modernismo al final de mi infancia, justo cuando empecé a adolecer el amor después que lanzaron agua de su carroza que recibí a gusto sin saber que el agua también puede ser fuego, cuando estuve frente a su mirada suprema como la luz horizontal de las seis de la tarde que enciende los cerros y me dejó ver que había algo más soberano que el inmenso azul: La reina

del carnaval. Fue poco después de aprender a burlar el *Teléfono rojo*. De ese mismo color pusieron toda la telefonía en San Juan, pero además parecía compartir la misma sangre, puesto que mi mamá ubicaba al instante el sitio donde estaba escondido: en la casa de José Parodi, de Tadeo Rumbo, de Luis Egurrola, en fin.

Burlado el *Teléfono rojo* me mudé en la práctica al barrio de ella. Nunca supe qué le hizo retroceder cada vez más después de haberme acercado, pero era un hecho que estaba perdido, como un insecto luminoso atrapado por otra luz más fuerte. El día que no quiso salir a recibirme en su casa, todas mis flores se marchitaron allí mismo, sin ninguna espera. Yo, conquistador, fui olvidado con mi serenata, olvidado por ella y mis amigos en San Juan del Cesar. Supe, entonces, que no quedaría para nunca más nada del día azul ni de la noche blanca.

Índice

Ese mundo que canta (La poesía de
Hernán Urbina Joiro) por William Ospina ..7

I. Canciones tempranas.

San Juan del Cesar 1974 - 1982 19

Cinco ataúdes andan por el pueblo

Venganza.....	26
Viajeros del trueno	27
Escarnio	28
El Viking en Marte	29
Marimberos	31
Cinco ataúdes andan por el pueblo.....	33

Adiós a las arenas de mi calle

Serenata que olvidó un conquistador.....	36
Incendios de casas de palma.....	37

Adiós a las arenas de mi calle.....	39
Teléfono rojo	40
Papá Rafita.....	41
Mamaína.....	43
Penas guajiras.....	45
Una oración.....	47

Cada vez

Rojo de acordeón	50
Cada vez.....	51
Tú y yo.....	52
Mis tristezas	53
Por ti	55

II. Navegante en las alturas.

Bogotá 1983 - 1989	57
---------------------------------	-----------

Los Mártires

Bogotá fue por mí	62
Garrote vil.....	67
Los Mártires.....	69
SIDA.....	73
Campañas del bien y del mal.....	74
Lara Bonilla	75
Hambruna.....	76
Del palacio que sigue ardiendo.....	77
Avalancha	82

Halley, ¿sabías algo?	87
Vuelo inaugural del Challenger	89
Chernóbil	90
Frente a frente	92
Escapar de Pozzetto	93

Pasión

Corazón de provincia.....	96
Puñado de canciones.....	97
Muñeca de piel canela	100
Otra vez.....	102
Volvió.....	104
Puedes.....	105
La última palabra.....	106
A paso de vencedores.....	108
Vengo de La Guajira.....	109
Con tambor de provincia.....	110
Pasión.....	112
Dímelo	114
El nuevo desafío	117
Sin más palabras	119
Páginas de oro.....	122
El último disgusto	124
Aquí están tus canciones.....	126
¿Qué culpa?	128
Rasguear de desterrado	129
En mi tiempo.....	130

Dos viejos amigos

Dos tigres entristecen	134
Escalona	135
Caracazo	138
Dos viejos amigos	140

De la mano del fútbol

Barras bravas	144
De la mano del fútbol	145
Copa Libertadores de 1989.....	147

III. Cantares del aire con que nacé. Valledupar 1989 - 1991149

Canción de caminante

Valle, eterno Valle	154
Médico rural	155
Canción de caminante	158
La Junta	160

Locamente enamorado

Como nunca.....	162
Locamente enamorado	164
Lo que siempre esperaste	166
El amor canta vallenato	168
Ahora sí.....	170

¿Quién quiere esta canción?	172
Si no has de volver	174

Galán

Luis Carlos Galán.....	178
------------------------	-----

IV. Proa a mi neblina.

Bogotá 1991 - 1993.....	181
--------------------------------	------------

Sólo se trata de preguntas sobre las guerras

Mesalina y Cicciolina	186
Muro de Berlín	188
Soldado	190
Sólo se trata de preguntas sobre las guerras ...	191
Centro 93	193
La paz de los valientes.....	194

Lágrimas en las guitarras

El sentimiento continúa.....	196
Cómo premiarte.....	198
Usted quiere que le cante	200
Lágrimas en las guitarras	202
Cuando el alma canta.....	204
Si pudieran tres canciones.....	206
Tú eres la reina	209
Por tus besos	212

Más romántico que nunca	214
Vallenatos hasta el final	216

Apagón

Rafael Orozco.....	220
Apagón	221

V. Rimas del valle del Anáhuac. México 1994 - 1996....223

Rimas del Valle del Anáhuac

Bolero.....	230
Rimas del Valle del Anáhuac	234
Con un acordeón entre las manos	238

La suerte está echada

Bendita seas.....	242
Época dorada.....	244
Calma esta inquietud	246
La suerte está echada	248
Castillo de barajas.....	250
A un viejo amor imposible.....	252
Canción de la despedida	254

Salve trovero

Eduardo Arredondo.....	258
Salve, trovero	259
Álvaro Gómez Hurtado.....	262

VI. Creo en estas calles.

Bogotá 1996 - 1999.....	263
--------------------------------	------------

A ti, en tus jardines

Edma.....	270
Ensoñación.....	273
Temor	275
Esta voz es para siempre	276
Me enredé en tus besos.....	278
Muy sentimental	280
A un cariño del alma	282
Circunstancias.....	284
Antes del amanecer	287
A un amor prohibido.....	289
A ti, en tus jardines.....	291
Enamorado	293

Creo en estas calles

Barrancabermeja.....	296
Medellín.....	298
Creo en estas calles	300

Carnavalario

...y mató el agua en el desierto.....	304
Exterminio.....	305
Carnavalario	306
Sanar criminales.....	307

Acorde de MI

Cuando llegue Navidad	314
Adiós, Marín	315
Acorde de MI	317

VII. Voces de tardes hundidas en el mar. Cartagena 2000 - 2019319

Soledad

Un pedazo perdido de diciembre.....	326
Cartagena en mí	327
Soledad.....	330
Apasionado.....	331
Canal de Panamá	333
Mi sueño eres tú	334

Más que una reina (Hija)337

Adivinando a mi hija.....	338
Más que una reina (Hija)	341

Se buscan letras para niñas	344
Escucha	346
Ronda del agua.....	348
Día de la madre en la guerra.....	350
Miradas infantiles	352
Cuadros	355
De almas que rondan hospitales	357

Luces

Genoma humano	360
Chistes médicos.....	362
Las vacas también locas	364
Animalidades.....	366
Luces	368
Pilatos	370
11 de septiembre	373
Sin Consuelo	375
Recesión	376
Cuando el progreso enferma al futuro	377
Conversación con el olvido.....	379
Envidia.....	382
Una canción por el camino.....	385

Adivinándote

Debes olvidarme.....	390
Ocurrirá.....	392
Te sigo eligiendo la más bella	394

De vuelta a mi tristeza	396
Adivinándote.....	399
Enfermo de tu amor	401
Existencial.....	404
Desafiando la tempestad	406

La Rambla

Río Tajo	410
Cova da Iria	411
La Rambla	413
Frente a la Ópera de París.....	415
Despertar en Roma	417

Mago de las palabras

Don Toba	420
William Ospina	423
Obama	425
Escalona II	426
Mago de las palabras.....	428
Cecilia Meza	431
Mandela	433
Adiós, Cacique.....	436
Martín Elías	437

A un agnóstico terminal

Vitalista.....	440
Enemigo.....	441
A un agnóstico terminal.....	443
¿Sabes por qué odias a la India Catalina?	446

El almirante del desierto

El Almirante del desierto	450
Pazzz.....	456